La Hacienda Pública en el tratado de economía política de D. Julián de Luna: algunas consideraciones

INTRODUCCION

El objeto de este trabajo es el análisis de las ideas relativas a la Hacienda Pública existentes en el «Tratado de Economía Política» de D. Julián de Luna y de la Peña. Dicho tratado, manuscrito, totalmente inédito, ha sido estudiado a través del mecanografiado realizado por el profesor Esteban Cortijo y gracias a la gentileza del profesor Manuel Pecellín, a los que desde estas páginas doy mi agradecimiento.

El autor nació en Zarzacapilla en 1789 y murió en Cabeza del Buey en 1848. Datos biográficos de interés pueden encontrarse en el artículo que su nieto, Mario Roso de Luna, le dedica en la *Revista de Extremadura* en 1901 y en la Tesina de Licenciatura del que realiza el presente estudio en el relativo a sus actividades como miembro de las Sociedades Económicas y Patrióticas de la ciudad de Badajoz¹.

Baste señalar, para lo que nos ocupa, que fue miembro de la Sociedad Económica Matritense y catedrático interino de Economía Política en ella en 1816.

El *Tratado* consta de una introducción sobre la «Definición y breve historia de las ciencias», y de dos libros. El primero, dividido en ocho capítulos: 1.º «De la riqueza»; 2.º «Que especie de cosas son las que forman la riqueza»; 3.º «La producción»; 4.º «De los medios necesarios para la producción»; 5.º «De la parte que la producción tiene en la industria, y de las clases en que esta se divide»; 6.º «De la parte que en la producción tiene la tierra con los fluidos que la sirven de agentes»; 7.º «De los capitales y sus servicios de producción»; 8.º «Del modo mas conveniente en las operaciones de la industria». El segundo, titulado *Distribución de la riqueza*, incluye siete capítulos: 1.º «Circulación, cambios y renta de los productos»; 2.º «De la moneda»; 3.º «De los medios adoptados para suplir la moneda»; 4.º «Del comercio»; 5.º «De la instrucción pública»; 6.º «De la población» y 7.º «Contribuciones o impuestos». El manuscrito acaba con un «Tratado sobre la usura» que aparece firmado por su nieto Roso de Luna.

El ejemplar fue escrito, según las noticias que da Roso, durante su exilio en Cabeza del Buey tras la vuelta del régimen absolutista de Fernando VII y en los últimos años de su vida, también en el mismo lugar. La obra se sitúa, por tanto, desde el punto de vista de la evolución de los estudios financieros en España, en una primera etapa, ciertamente la más brillante, denominada por Fuentes Quintana de recepción creadora de las ideas del clasicismo financiero. En ella, los economistas liberales españoles no se limitaron a jugar el papel pasivo de exponer las ideas de la Economía y Hacienda Clásica con orden y claridad, sino que las enriquecieron, en muchos aspectos, con aportaciones propias. A este período, que se cierra antes de mediados del siglo XIX, pertenecen Alcalá Galiano, Canga Argüelles y Florez Estrada².

NOTAS SOBRE EL PENSAMIENTO FINANCIERO DE JULIAN DE LUNA

Las ideas financieras son desarrolladas en el capítulo 7.º del libro segundo que lleva por título «Contribuciones o impuestos».

Analizando una de las vertientes de la actividad financiera, los gastos, Luna especifica la lista de necesidades esenciales de las naciones: «organización social, administración de justicia y defensa nacional, las demás son secundarias (establecimientos públicos de educación y fomento) y ficticias (espectáculos y obras de esplendor)»³.

La lista nos recuerda a aquella otra de las obligaciones del soberano que Smith expone en *La Riqueza de las Naciones*: defensa nacional, administración de justicia y mantener obras e instituciones públicas que no han de resultar de interés para el individuo ya que no se pliegan a la Ley de la oferta lucrativa⁴. Deberes que, por otra parte, ya habían sido descritos por Alcalá Galiano, Canga Argüelles y Flórez Estrada⁵, cuyo *Curso*, como tendremos ocasión de demostrar seguidamente, fue conocido y manejado por Luna para elaborar su *Tratado*.

No existe, sin embargo, en el libro de Luna, referencia alguna a la consideración de los consumos públicos como productivos o improductivos. Recuérdese, que los gastos de Estado son para Smith consumo improductivo, esto es, no pueden considerarse nunca como gastos de inversión, si bien son consumos necesarios para elevar el nivel de utilidad individual. Flórez, siguiendo a Canga, dirá que los consumos públicos pueden dividirse, al igual que los privados, en productivos e improductivos. Esta diferenciación, como ha señalado Fuentes, tiene una especial importancia y en este sentido observa que «una de las principales nove-

dades que recoge el Curso de Economía Política de Flórez Estrada es la posible clasificación del consumo del Estado productivo. Como es bien sabido, la categoría de consumo productivo se entendió por Smith y J. Mill como incompatible con el consumo público. McCulloch criticó esta postura afirmando la posible productividad del gasto público, tesis que Flórez Estrada recoge en su obra. Ahora bien, no todo el consumo público puede entrar en la categoría de productivo. Para él, tan sólo reúnen esa característica los gastos necesarios para cumplir los tres deberes que al soberano atribuía Smith. El resto de los consumos públicos caían en la categoría de consumos improductivos. La limitación en consecuencia, de las actividades del Estado sigue siendo clara para Flórez Estrada»⁶.

En cualquier caso, hecha la precisión anterior, Luna parece apostar junto con Alcalá Galiano, Canga Argüelles y Flórez Estrada por la tradición clásica frente a la teoría del desarrollo mercantilista, pues mientras que ésta se basaba en una constante intervención del Estado, la teoría del clasicismo propondrá una eliminación de la creencia de que «ese» tipo de intervenciones mercantilistas conduzcan a la expansión de la riqueza.

Delimitadas las necesidades a las que debe hacerse frente con el gasto público, pasa el autor a analizar los medios con los que debe financiarse, «a nadie sino a la nación misma compete esta determinación», dice previamente⁷.

Con el fin de conseguir una mayor claridad, divide esta materia en secciones, la primera: «De la naturaleza y efectos de los impuestos», y la segunda: «¿Qué clases de contribuciones perjudican menos?». Estos dos apartados se encuentran en fase de elaboración. El compendio y la naturaleza de los impuestos son para Luna «que estos se exigen a la mayor parte de los individuos de la nación, recursos necesarios para mantener a los que emplea a su servicio. Estos hombres necesitan de productos para contener sus necesidades, así pues los individuos contribuyentes tienen que sacrificarles parte de la riqueza»⁸. En la segunda sección comienza atacando la «absurda idea de algunos autores para quienes las contribuciones lejos de perjudicar a las industrias, las alimentan y las estimulan a producir más... una nación es tanto más rica cuanto paga más contribuciones, y extendiendo el principio a los empréstitos del gobierno, pretenden que la suma crecida de deuda pública es prueba y guía de ri-

queza y civilización de los Estados»⁹. Frase tomada del *Curso* de Flórez que a su vez refleja la de McCulloch en su obra *Taxation*¹⁰.

Establecida la limitación del gasto: «seguramente no podrá citarse una ley tan acomodada a la ciencia que nos ocupa, como la estricta economía de todos los gastos y, singularmente en los públicos¹¹, las contribuciones deben ser también las menores posibles, ya que: «atacando la contribucion a la riqueza, aquella será mejor mientras sea más breve»¹².

La respuesta a la pregunta que encabeza la segunda sección, ¿Qué clase de contribuciones perjudican menos?, que constituiría, sin duda, un enfoque positivo de la Actividad Financiera, se deja de lado exponiéndose una serie de razones, fuera de ámbito económico, necesarias para tener un buen sistema de contribuciones: «Para tener un buen sistema de contribuciones, hace falta tener un buen gobierno, y para conseguir esto, hace falta que impere la moral, si esto no es así, en balde gastarán el tiempo los economistas en mostrar sobre quienes gravita la contribución y hallar por este medio otro de imponer contribuciones..., en balde pretender aliviar el mal variando a su entender las personas que lo sufren, en balde es averiguar si el impuesto grava a el capital, a el propietario, o el consumidor..., todo es inútil el impuesto o la contribución ataca a todos directa o indirectamente»¹³.

Las páginas siguientes no son más que copias, como hemos tenido ocasión de comprobar y el propio autor señala al margen, de los aspectos que considera más interesantes del *Curso* de Flórez¹⁴ relativos a la Hacienda Pública, especialmente de los capítulos IV («De los consumos públicos»), V («De la contribución sobre la propiedad territorial»), VI («De la contribución de los diezmos»), VII («De la contribución sobre las utilidades del capital»), VIII («De la contribución sobre salarios»), X («De las ventajas e inconvenientes de las contribuciones indirectas, i de las personas que las pagan»), XI («De los efectos de que adolecen las contribuciones de España. Del sistema que debería reemplazarlas») y XII («Del sistema de los empréstitos públicos o nacionales»).

Luna finaliza este capítulo, que sin duda se encuentra en fase de elaboración, con una «Crítica del sistema de contribución territorial, o sea, el efecto que produce esta con arreglo a las cinco bases que establece el Sr. Flórez Estrada»¹⁵, sobre la que hacemos una serie de consideraciones.

Flórez criticará en su *Curso*, siguiendo a Ricardo, el planteamiento de Smith, según el cual, tanto los impuestos sobre el producto y la propiedad como el diezmo, serían soportados por el terrateniente. Para el economista español esto sólo sucederá en ciertas ocasiones.

Con el fin de demostrarlo, distingue en el capítulo V, cinco bases genéricas del impuesto: 1.ª) La extensión de la tierra cultivada; 2.ª) Los beneficios del capital empleado; 3.ª) El producto neto; 4.ª) El producto bruto, y 5.ª) La renta de la tierra. Para cada una de ellas analiza los efectos que producirían los distintos gravámenes. Si se exige, por ejemplo, una cuota fija y uniforme por unidad de superficie cultivada al *farmer*, el impuesto recaerá por entero sobre el consumidor, que contribuye además con una suma mayor que la percibida por el gobierno.

Flórez razona con tres tipos de tierras (estériles, medianas y fértiles) de las que se obtiene una producción creciente de trigo por aranzada mediante un mismo volumen de capital empleado. Si se acepta una perfecta movilidad de los factores y la equirrentabilidad de las industrias, el resultado de la implantación del impuesto (una cuota fija por aranzada) será la elevación del precio del grano exactamente suficiente para dejar intacto el tipo de beneficio de las tierras «estériles» y, por tanto, la traslación de la carga del consumidor. Pero este incremento en el precio elevaría el valor del producto bruto de las tierras «medianas» y «fértiles» en una cuantía más que suficiente para cubrir la cuota del impuesto. Este exceso monetario se traducirá en una elevación de la renta en dinero de los terratenientes en proporción a la magnitud de la cuota impuesta y de la posición o grado de fertilidad de cada clase de tierra.

Luna condena las suposiciones de Flórez «de que las tierras estériles regulen el precio del trigo, este depende de su abundancia o escasez» y «la igualdad de las utilidades sacadas por los poseedores de las tres clases de tierras y que únicamente varíe la renta de los propietarios». La crítica se resume en que las «utilidades obtenidas por los cultivadores de la tierra no pueden ser nunca legales: el pago de la renta no es siempre proporcional a la utilidad. Más claro, la renta no es siempre el sobrante de la utilidad necesaria, según Estrada, a aquél ramo de la industria».

Parece claro por estas afirmaciones que Luna desconoce el modelo de Ricardo, cosa que no debe extrañarnos ya que Flórez «debe ser considerado como el primer economista de ascendencia ricardiana en España»¹⁶. No dirige sus críticas, por tanto, hacia inconsistencias lógicas que existen en el modelo como, por ejemplo, la señalada por Almenar de

que «aún suponiendo una demanda inelástica de grano, es difícil aceptar que la variación de los precios relativos causada por el impuesto no afectase a los salarios monetarios a corto plazo, así como los precios de las mercancías donde el grano es utilizado como input directo o indirecto»¹⁷.

FRANCISCO PEDRAJA CHAPARRO

Hacia un Corpus de la poesía latina de Benito Arias Montano

NOTAS

(1) ROSO DE LUNA, M.: «Don Julián de Luna». *Revista de Extremadura*, núm. XXI, marzo 1901.

PEDRAJA CHAPARRO, F.: *Las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País en Extremadura con especial análisis de la de Badajoz, desde su fundación a 1833*. Inédito. Universidad Autónoma de Madrid 1984.

(2) FUENTES QUINTANA, E.: *Hacienda Pública. Introducción, presupuesto e ingresos públicos*. Madrid. Rufino García Blanco. 1973.

(3) LUNA, J.: *Economía Política*, cap. 7.º, pág. 270.

(4) FUENTES QUINTANA, E.: «Adam Smith y la Hacienda Pública» *Hacienda Pública Española*, número 23, 1973, págs. 219 y 220.

(5) Sobre las ideas financieras de estos tres autores, CALLE SAIZ, R.: «Los economistas liberales y la Hacienda Pública» en *La Hacienda Pública en España*. Madrid. Ed. Católica. 1978, págs. 193-267.

(6) FUENTES QUINTANA, E.: *Hacienda Pública*. Madrid. Ed. Servicio de publicaciones de la Facultad de Ciencias Económicas Universidad Complutense. 1965, págs. 348 y 349.

(7) LUNA, J.: *Ob. cit.*, pág. 240.

(8) *Ibidem*, pág. 240.

(9) *Ibidem*, pág. 244.

(10) FLOREZ ESTRADA, A.: *Curso de Economía Política*. Clásicos del pensamiento económico español. Madrid. Instituto de Estudios Fiscales; 2 vols., 1980, tomo II, pág. 821.

(11) LUNA, J.: *Ob. cit.*, pág. 246.

(12) *Ibidem*, pág. 246.

(13) *Ibidem*, pág. 249.

(14) Concretamente de la 5.ª edición (1840).

(15) LUNA, J.: *Op. cit.*, págs. 289 y ss.

(16) ALMENAR PALAU, S.: Estudio preliminar al Curso de Economía Política de Florez Estrada. *Ob. cit.*, tomo I, pág. LXVI.

(17) ALMENAR PALAU, S.: «Alvaro Florez Estrada y la Tributación. Economía ricardiana y reforma fiscal en España en el segundo tercio del siglo XIX. *Hacienda Pública Española*, núm. 38, pág. 26, 1976.